

DOCUMENTOS

LA DESPEDIDA DE UN MAESTRO: *IN MEMORIAM* CONSTANTINO CARVALLO¹

Nicolás Tarnawiecki Chávez

Pontificia Universidad Católica del Perú
ntarnawiecki@pucp.edu.pe

De todas las huellas que la educación puede dejar en el alumno, la peor es la timidez. Y la mejor, el incremento de las ganas de vivir.

CONSTANTINO CARVALLO

You're one thing greater than all of the things you are together.

THE GO-BETWEENS

A Constantino lo conocí en tres etapas. La primera fue como alumno del colegio Los Reyes Rojos, en Barranco, cuando entré en segundo grado de primaria. Ahí fue mi director y una presencia constante, pues estaba cerca de todos, en contacto con los alumnos o maestros. Mis primeros recuerdos de él son en las famosas “asambleas”, donde nos juntábamos desde los más pequeños hasta los más grandes en el patio del colegio. Muchas veces era para explicar alguna novedad o problema del colegio, o para hacernos partícipes de una colecta de ayuda. Cuando llegué a sexto de primaria, me acuerdo que era todo un tema las “pruebas de sexto”, un examen y entrevista que eran requisito para pasar a secundaria. Recuerdo el temor que teníamos de que nos evaluara Constantino, pues sabíamos que no solo iba a preguntarnos sobre los cursos, sino también sobre lo que podía ser nuestro desempeño como personas. A unos compañeros, los más “chancones” del salón, en vez de tomarles sobre

¹ La versión original de este texto fue publicada en PuntoEdu, No 120.

los cursos –pues él ya sabía que sabían– les pidió que bailaran una lambada, para ver cómo resolvían el reto. Otros recuerdos que tengo del colegio son las inéditas “rana-planchas” de Constantino en las clases de educación física; el equipo de sonido de su camioneta, donde escuché por primera vez a Bob Dylan, Eric Burdon, Leonard Cohen y a Lou Reed cantar “Walk on the Wild Side”; recuerdo también una vez que nos invitó a su casa en Chorrillos, donde pensé: “Además de un inmenso estante de libros, tiene estante de discos compactos”. En retrospectiva, diría que le agradezco no tanto la música que nos mostró, los libros que nos hizo leer o su fascinación por el cine, sino las ganas que nos transmitió de disfrutar de estas cosas. En los últimos años de secundaria, Constantino se encargaba de estimular mucho a los que querían tocar música.

La segunda etapa en que lo vi fue tras su reingreso a Filosofía en la Universidad Católica, en 1997. Ahí pasó algo muy raro, pues quien había sido mi director y tutor en quinto de media hacía menos de tres años atrás, pasaba a ser mi compañero de carpeta en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la PUCP. En la segunda semana del curso de Griego I me pidió mi cuaderno prestado, pues había faltado a una clase, cosa que sentí como un pedido de “revisión de cuaderno” escolar. Yo pensaba que iba a reparar en mi letra, en que no ponía las mayúsculas con rojo, en qué cosa anoté y qué no, iba a ver que seguía sin forrar mis cuadernos con Vinifan... todo eso pensé. Ahí, en la Facultad, tuvimos el placer de compartir clases con él tanto yo como Ramón Ponce y Alfonso Montesinos, también ex alumnos de los Reyes Rojos. Recuerdo que nos costaba mucho el curso de Griego y los debates en otras clases como Filosofía del Lenguaje y Ética. Recuerdo lo sorprendentes que fueron estos debates por el nivel que les imprimía Constantino a las discusiones. En un café que tomamos un día saliendo de clases, me contaba que estaba sorprendido por la fascinación que despertaba Heidegger en algunos alumnos.

138

La tercera etapa está centrada, una vez más, en los Reyes Rojos, cuando en el 2004 volví como profesor para dictar el curso de Constantino: Filosofía y Lógica para quinto de secundaria. Recuerdo nuestras coordinaciones antes de dictar y la soltura con la que me pidió que hiciera el curso que mejor me pareciera. Me encantó la experiencia de estar en el aula en la que yo fui alumno y de estar parado donde yo antes estuve sentado. Me he sentido muy

a gusto y contento de pasar nuevamente por esas aulas. Finalmente, debo decir que una de las mayores enseñanzas que me ha dejado Constantino es la constante exigencia de pensar en mí y amar la vida del mismo modo que, en su momento, Sócrates ante su muerte nos pidió conocernos a nosotros mismos o recordar que “una vida sin examen no merece la pena ser vivida”. Te vamos a extrañar mucho, Constantino, pues tu persona es signo de lo que significa tu propio nombre: “Aquel que es constante”, “Aquel que es firme” o “Aquel que es perseverante”.